

## Obras de arte...



Y ahora, después de muchos años, tampoco yo lo entiendo. Hasta dejé de intentarlo, para no volverme loco. Algo, salio mal. Muy mal...

A veces la angustia del haberlo hecho imperfecto, pudiendo haberlo hecho muchísimo mejor si me daba cuenta antes, me remuerde las entrañas y se torna insoportable.

- Cuando pasen los años, recordarás a estos, los últimos días en que hablamos... - me dijo una Elena muy serena, con esa voz monótona que ahora le temblaba, como el canto del arrullo de una madre agotada... Nuestros rencores de estudiantes se transformaron en nostalgias, y pretendían ahora hacernos mutuamente escuchar, entendernos, comprendernos, entre los ruidos habituales de esa mañana bostezante, de aquel domingo perdido de hospital. Nuestro hospital. Compartimos por última vez un desayuno, con una pequeña porción de torta, del chocolate suizo que a ella tanto le gustaba - *Pero no te asustes, hoy es un día demasiado hermoso para desperdiciarlo en morirse...*

Sin embargo, se murió ese mismo día. Médicos. Profesores. Consultores. Todos se esforzaron. Alguien hasta esbozó el diagnóstico. Lo acarició... Pero nunca se supo cual era la verdadera causa de su aniquilante enfermedad. La recuerdo partida en un dolor que le arrancaba hasta los dientes. Dolor que se le volvía pavora del mismo color que su dolor. Dolor que se quedó disperso, descansando entre los cientos de cabellos perdidos, que se abrazaron a su almohada blanca. Recuerdos del dolor y del pavor. Y de ese pavor que aun se transmite en el tiempo, desde más allá del horizonte de los tiempos, y siempre, siempre nos retorna con aquella misma fuerza. Vivir bajo el recuerdo del pavor no es tan extraño y hasta uno mismo con el tiempo, se acostumbra a ese sabor de cenizas tan grisáceas.

Y luego, fue otra compañera nuestra. Cecilia. Idéntico. Calcado. Demasiado parecido. Un martirio permanente en una malla de penas y de males, que se entrecruzaban cada tanto y emitían un fulgor y un perfume muy extraños. Ir y venir, ir y venir en un viaje entre aguas y piedras, soltando todas las amarras, en una tarde que se le llenó de lluvias.

Su cara reflejaba los tormentos que deambulaban por sus vísceras, pero también la bravura de su alma para enfrentarse a todo. Recuerdos hechos perlas, que saltaban, pretendiendo bailar con el canto monótono del río. Río que se había detenido extrañado, asombrado de no saber que era lo que estaba pasando. Río que se detuvo en mi guardia de hospital de un día feriado y se quedó a vivir. O a morir. Sus cabellos se quedaron en mi peine, abrazándose de los pies y de las manos, como si intuyesen el final de los finales. Y ella, una tarde de té y tartas de manzanas, también se fue...

Elena era una pólvora de impulsos y pasiones. Cecilia, un desequilibrio de emociones. Peleas y discusiones matizaban nuestras charlas, como los mordiscos y arañazos entre amantes. Aquellas mujeres que sucumben a las mas bajas pasiones, suelen tener un corazón

sensible, mientras que las perfectas e impecables, suelen animarlas un corazón perverso...

Pasó el tiempo, la vida y los presentes que se cansaron de volverse ayer... y hasta empezaron a olvidarse los nombres de Elena y de Cecilia. Pero hoy me desperté muy asustado, inquieto... Lo veo en el espejo. Me veo... Es un artista consumado. Soy yo, ese artista consumado - *¡Soy un artista! ¡Es un artista!* - Sulfato, acetato y carbonato son el óleo de sus obras y las mías. Sus manos y mis manos transformadas en pinceles, intentado confundirse con el azul del cielo, en un Apocalipsis que me hace sentir el canto de las mujeres que ahora viven en contacto con la naturaleza mas pura, capturando el palpitante respirar de cada cosa. Pinturas para dejarse llevar y bailar, al compás de sus tristes y perfectas melodías fúnebres...

El Talio no es veneno. No. El Talio es divina justicia divina, hecho polvo soluble, derramado en el agua bendita de las copas y alimentos. Sulfato, acetato y carbonato de Talio, son el óleo de sus obras. De mis obras... Talio que se entremezcla con el marrón oscuro del chocolate suizo, el marrón pastel de las tartas y que pinta con frenesí a los paisajes de La Parca... De mis obras de arte, que son arte - *¡Qué las nombraran médicas titulares a Elena y a Cecilia, simples medicuchas bastardas, antes que a mi, no era justicia! ¡Nunca debió ser así...! ¡Nunca será! ¡Nunca! ¡Nunca...!*

La pared del fondo, antigua y recubierta con una enredadera de nostalgias del pasado, se sacude con el viento, en una actitud romántica del gesto - *¡Sin artistas, ni vale la pena vivir en este mundo...!* - aúlla enojado, el soplido inagotable de los aires liberados.

Es una noche de luna y esta resonando el Talio en mi cabeza como la marejada inquieta, cuando rompía contra la iglesia catedral del mar y cuando la música, se transmutaba en imágenes acuosas del océano. Burbujas y burbujas. Mares hinchados que rebosaban ausencias. Ausencia de ausencias cada vez más ausentes. Conciencias implacables que persiguen y controlan mi conducta desde muy adentro. Conciencias que toman conciencia del porque de esas ausencias... Conciencias que castigan con más y más de esas ausencias...

Nadie, nadie se dio cuenta. Pero el crimen no es perfecto, cuando te deja una sombría sensación de culpa que te asfixia. El crimen, solo cuando es inmaculado, fastuoso, magistral, garboso, merece ser llamado obra de arte. Pero cuando el artista ha fracasado, cuando yo he fracasado, cuando no he logrado satisfacer al arte... ¿Que otra cosa merece el arte, que no sea mi suicidio...?

La pared del fondo, antigua y recubierta con una enredadera de nostalgias del pasado, se sacude con el viento, en una actitud romántica del gesto. Fue testigo vegetal de varios intentos de hacer obras de arte, en materia de homicidios, pero ahora, hoy, lo es tan solo de un prosaico y muy vulgar suicidio... El mío.

*Fin*